

os consuelos inefables que da la mujer amante. «Lo que la mujer quiere Dios lo quiere, decían los caballerescos paladines, en los tiempos heróicos de las cruzadas. Ojalá que los hombres no olvidásemos tan á menudo esta gran máxima, eterna como la humanidad. Quedan ya muy pocos paladines, pero por ley natural in-contrastable, el hombre seguirá siéndo lo que la mujer quiera que sea: grande ó miserable, generoso ó mezquino, útil ó pernicioso. Todo depende de que sepa atarlo con cadena de flores al hogar amable, santo y reconfortador.

Consecuencia de lo dicho es que á la envidiable armonía y á la paz venturosa de su vida íntima, deben atribuirse en parte muy principal la prodigiosa resistencia del General Díaz para el trabajo y el perfecto equilibrio de su espíritu, constantemente inclinado al bien y dispuesto á la clemencia.

Hablar de la sobriedad del General Díaz, sería redundancia; y de la pureza de sus costumbres, podría decirse lo que de pocos hombres. Pero de la Influencia de esas virtudes sobre nuestra sociedad, sería olvido imperdonable no hacer constar que hubiera sido imposible llevar á cabo tan pronto y tan completamente la regeneración de nuestro corrompido y desorganizado medio político, sin ese alto y constante ejemplo, que cuando no ha logrado corregir á los viciosos empedernidos, les ha obligado, por lo menos, á esconderse y á avergonzarse.

He aquí lo más bello y lo más útil de las virtudes en acción: la ejemplaridad. Y he aquí cómo puede un hombre vivir feliz y respetado largo tiempo sobre la tierra: siendo modesto, siendo sobrio, dominando las pasiones, usando y no abusando de la vida.

XII

EL DEBER DE LOS DEBERES

BUEN PADRE, BUEN CIUDADANO.

Allá en apartada y tranquila calle del rumbo occidental de la ciudad, yergue su torrecilla fina y esbelta un pintoresco *chalet* campestre. Se halla como extraviado y fuera de lugar entre las elegantes fincas urbanas que lo rodean, porque cuando fue construido, la que es hoy asfaltada calle metropolitana, no era sino desolada campiña de extramuros, teatro de los sangrientos combates que frecuentemente se libraban en torno de la vecina *Ciudadela*, sin esperanzas de que el derramamiento de sangre mexicana cesara, ni menos aún de que la capital extendiese hasta allí sus esplendores. Es además muy modesto el *chalet* de que se habla, porque su primitivo propietario lo edificó venciendo no pocas dificultades, en razón de que á pesar de haber manejado grandes caudales públicos, no retuvo de ellos nada para sí, y no obstante haber prestado eminentes servicios á la patria, se contentó con la mejor de las recompensas: la satisfacción del deber cumplido.

Trasponiendo la verja del minúsculo *chalet*, se descubre adosado á ella un cartel anunciador de que allí se expenden los quesos y la mantequilla fabricados en la hacienda de Paté, lo cual indica ser aquella la mansión de un empeñoso agricultor que atiende personalmente su industria. Alegran y poetizan el jardinillo que rodea el *chalet*, las risas y los juegos de dos rapazuelos rubios y llenos de vida, á quienes vigila con amorosa mirada una joven rubia como ellos y de tan delicada y exquisita belleza, que parecería desprendida de un cuadro de Lancret, si no fuera por el sencillísimo traje de percal negro, que ennoblece con su distinción.

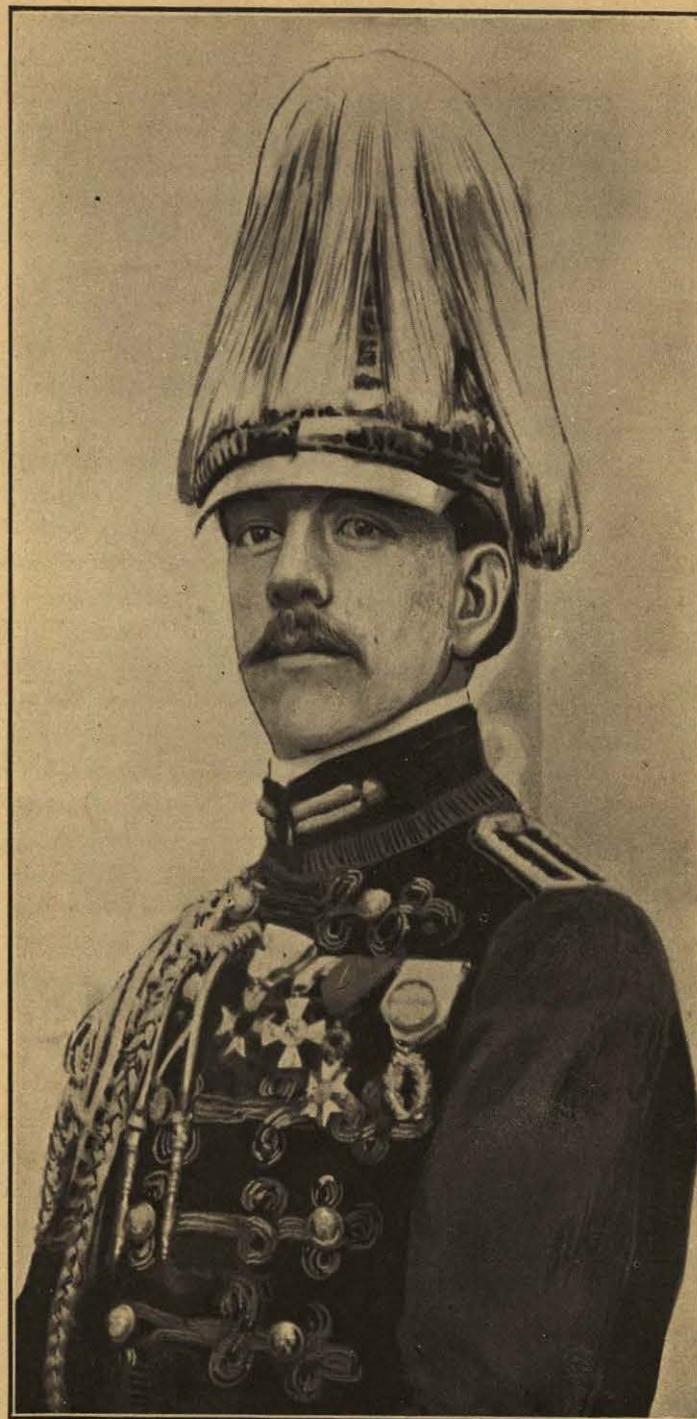
Todo en aquella morada revela felicidad, alegría, bienestar, honradez, laboriosidad, pero no fausto, ni siquiera riqueza: tal es el hogar del señor Mayor de Ingenieros Porfirio Díaz, hijo del Jefe de la Nación Mexicana.

Dos enseñanzas profundas, á cual más valiosas, se adquieren observando la situación y las costumbres y aptitudes de este joven trabajador que lleva sobre sí digna y discretamente, la pesada carga de uno de los nombres más ilustres de la América.

Quien quiera que conozca la historia de los hombres que han gozado de gran popularidad y poder omnímodo, y que han regido largo tiempo los destinos de una nación, sabe que con rarísimas excepciones, han derramado á manos llenas los dones y los favores sobre sus amigos y allegados y, por natural preferencia, sobre sus deudos.

Compárese desde este punto de vista la conducta de Napoleón el Grande con la del General Díaz. El creador de la Francia moderna trastornó la geografía de Europa, derrochó el oro francés y derramó ríos de sangre para distribuir reinos entre sus parientes, sin exceptuar al inepto y celeberrimo *Pepe Botellas*. En cambio, el hijo del creador del México actual, es simple Mayor de Ingenieros, debido á sus estudios en el Colegio Militar, perfeccionados en el extranjero, y sobre todo, á cerca de veinte años de servicios. No se dirá, pues, que ha recibido los ascensos por favor. No desempeña más empleo federal que el de oficial del Estado Mayor del Presidente, y cuando de Tlacotalpam propusieron su candidatura para diputado al Congreso de la Unión, no quiso aceptarla. En cuanto á gajes de otro género, sólo por rara excepción ha obtenido como ingeniero, sin que su nombre haya sido ventaja, sino más bien dificultad, alguna de las innumerables contratas que sus colegas consiguen llanamente. Emprendedor como su padre, varias veces ha tenido que lamentar pérdidas porque sus negocios no gozan de privilegio alguno, sino que están expuestos á las contingencias comunes á los de cualquier particular. Amante de la agricultura, su tiempo disponible lo dedica á dirigir en persona la explotación de su hacienda por los métodos nuevos.

En cambio ha merecido honoríficas distinciones de algunos gobiernos extranjeros, entre ellas, las palmas académicas, el diploma de Oficial de Instrucción Pública y la cruz de Caballero de la Legión de Honor, que ha recibido del Gobierno francés, lo mismo que la cruz de la Orden del Aguila Roja de Prusia y otras condecoraciones enviadas respectivamente por los soberanos de Alemania y de Baviera.



Mayor de Ingenieros. Porfirio Díaz, con uniforme de Oficial del Estado Mayor del señor Presidente de la República.

Muchas son las comparaciones favorables que pudieran hacerse entre el General Díaz y el inmortal corso; pero sin duda alguna, la que acabamos de hacer es una de las que más favorecen á nuestro gran compatriota, porque demuestra la escrupulosa probidad con que usa de su poder, aun tratándose de los seres más caros para él.

* * *

Verdad es que si como gobernante no tiene distinciones para sus hijos, como padre supo cumplir con ellos ejemplarmente el deber de los deberes, porque no merece aquel dictado augusto el que engendra, aunque legue riquezas, sino el que educa.

Y como «la mejor riqueza de un país son sus jóvenes,» á condición de que hayan sido bien educados, claro es que uno de los mayores servicios que se pueden prestar á la patria y á la humanidad, es el de cumplir á conciencia el principal de los deberes paternales: educar. Esto ha sido verdad absoluta en todo tiempo y en todo lugar; pero en el momento actual, todo el futuro de la incipiente nacionalidad mexicana se cifra en que los padres se penetren de esa verdad y hagan de ella la norma de su conducta como ciudadanos y el ideal de sus aspiraciones como hombres.

Por esto importa mucho llamar la atención hacia los hijos del General Díaz. Las damas son modelo de esposas, y orgullo de la sociedad; el varón es un servidor útil de la patria, un caballero intachable, y lo que vale más, un hombre de trabajo y de acción; y todos honran y prestigian á su educador.

Contéplense en ese espejo los malos padres que se disculpan de haber faltado á sus obligaciones por no haber tenido tiempo para atenderlas. ¿Quién de ellos podría decir que ha pesado sobre él la enorme suma de labor, de preocupaciones y de responsabilidades que el General Díaz soportó en la época azarosa y tremenda de su vida en que cimentó la educación de sus hijos?

La explicación de esto es que no se educa á la niñez con dinero, ni con tiempo solamente, sino ante todo y sobre todo, con amor bien entendido y basado en «el férreo sentimiento del deber,» que el Presidente de los Estados Unidos recomienda á su pueblo, como el Presidente de México lo ha recomendado siempre al suyo en más alto grado todavía con el ejemplo.

Tan cierto es que el amor y el deber son los verdaderos fundamentos de toda buena educación, que quienes hayan tenido oportu-

tunidad de observar de cerca las relaciones entre el General Díaz y su digno hijo, no habrán dejado de notar un matiz delicado y conmovedor, símbolo de lo que son el uno para el otro, y de lo que debieran ser todos los padres para con sus hijos.

Cuando el Mayor Porfirio Díaz, oficial del Estado Mayor del Presidente de la República, llega en lo privado á la presencia del General de División Don Porfirio Díaz, se detiene á respetuosa distancia y se cuadra para recibir órdenes; y es en verdad admirable la severa majestad con que se dan y la atenta deferencia con que se reciben: allí no es posible ver más que á un superior y á un subalterno. Pero inmediatamente después desaparecen las jerarquías; el hijo besa amorosamente la mano á su venerable progenitor, y la mirada de éste se ilumina y dulcifica con una chispa de suave luz, al depositar un beso en la frente del heredero de su nombre inmortal.

Tiene razón, porque parafraseando el célebre proverbio árabe, puede decirse que no merece llamarse hombre quien no haya plantado un árbol, escrito un libro ó dado á la sociedad un individuo útil: nobles medios de vencer á la muerte y perpetuarse en la posteridad.

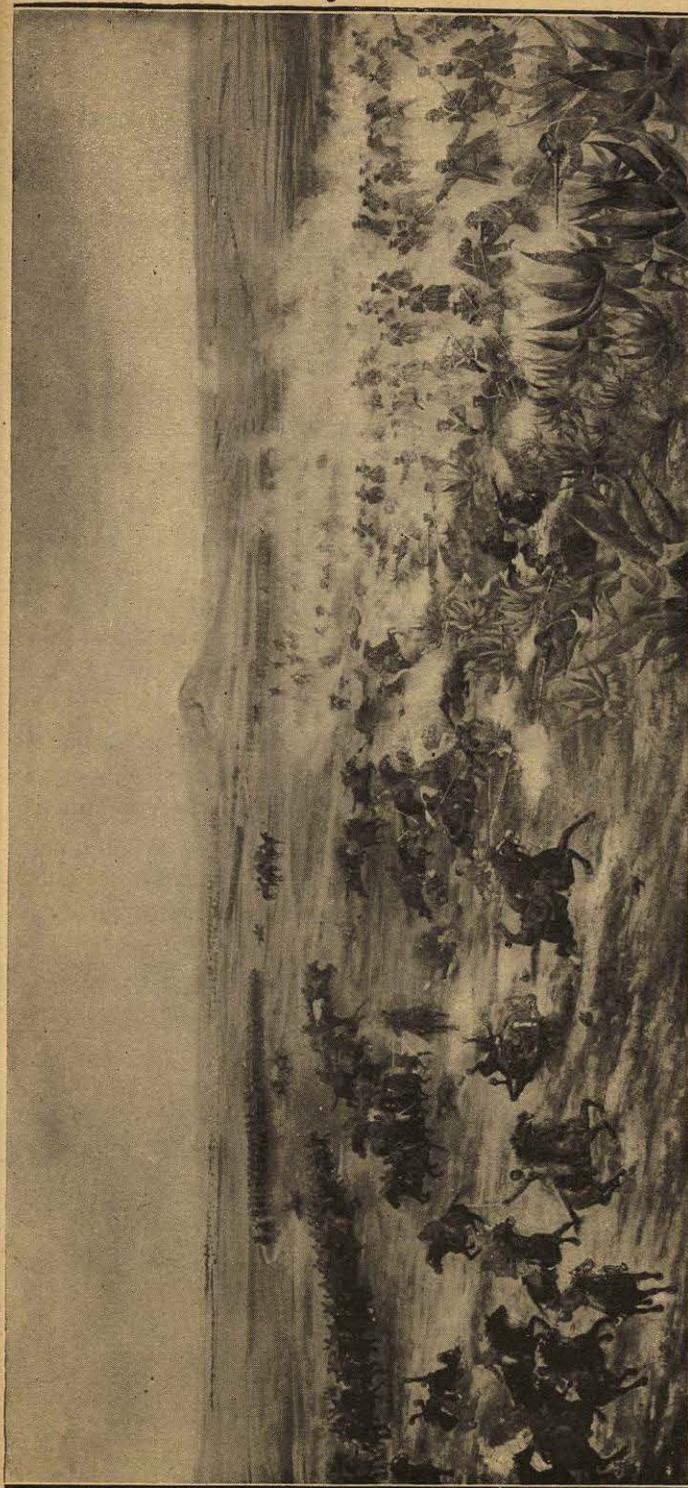
XIII

ACTIVIDAD

«NUNCA DEDE DEJARSE PARA MAÑANA LO QUE PUEDA HACERSE HOY.»

Pasma verdaderamente la suma de trabajo que representa la inmensa obra política, militar y social del General Díaz. Cuando se vuelve la vista hacia el pasado y se compara el México de las revoluciones, desorganizado y miserable, con el México de la paz, firmemente constituido, rico y en creciente prosperidad, sólo ante la evidencia puede creerse que este maravilloso resultado sea fruto de la inteligente dirección y fecunda actividad de un hombre.

Cierto es que este hombre ha tenido colaboradores adictos y la-



Combate parcial de la brigada á las órdenes del Gral. Díaz en el rancho de la Ladrillera de Azcárate, durante la batalla del 5 de Mayo de 1862. Al retirarse los franceses, el Gral. Díaz los persiguió hasta la Hacienda de Rementería, resuelto á vencer ó á morir, conforme habian convenido los jefes que tomaron parte en esta gloriosa acción.

boriosos, y que ha contado con el apoyo del pueblo, que le ama, venera y tiene fe ciega en él. Pero esta no es más que media explicación del prodigio, porque no es menos cierto que en todo lo grande que se ha hecho en beneficio de la nación de treinta años á esta parte, y en mucho de lo que se hizo para reivindicar la independencia, el General Díaz ha puesto mano y ha imprimido su sello personal inconfundible; y en la mayoría de los casos, lo hecho es obra exclusivamente suya, desde la concepción hasta la ejecución de la idea.

La simple apreciación de la cantidad de trabajo que esta obra representa, es superior á la comprensión de las inteligencias comunes. Baste decir que un hombre de mediana capacidad, sobre todo si adolece de los defectos principales del carácter mexicano, imaginativo, indolente y perezoso, se sentiría aplastado únicamente con tener que firmar, nada más que firmar sin enterarse de ellas, las respuestas á las cartas particulares que el General Díaz recibe á diario y de cuyo contenido se informa para acordar la contestación. Pues tal labor, abrumadora para cualquier hombre común, ha sido durante más de un cuarto de siglo, secundaria y sin valor alguno para el regenerador de México.

Añádanse á eso las formidables obligaciones de su alta investidura, cumplidas no á conciencia, porque esto se queda para las medianías, sino como ninguno podría cumplirlas; añádanse las audiencias públicas, las ceremonias y las fiestas oficiales y particulares, y las atenciones privadas, todo aceptado y desempeñado á maravilla, lúcida, ágil y gallardamente, hasta una edad en que la mayoría de los hombres vegeta en plena decadencia senil.

Decir que el General Díaz goza de una constitución física privilegiada, es hallar otra parte de la explicación, y nada más. Innumerables son los estadistas que han contado con el amor del pueblo, con la colaboración de sus coetáneos hábiles y con la salud y la fuerza personales, y que no obstante todo eso, no han dejado más que un recuerdo borroso cuando no amargo de sí, y una obra deleznable y mediana.

¿Cuál es, pues, la verdadera explicación de la obra admirable del General Díaz? ¿De qué fuerza creadora y omnipotente dispone este hombre extraordinario?

Ha dispuesto y dispone de la omnipotencia fecunda é incontrastable del genio. Pero el genio no es, como el vulgo cree, una chis-

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA

pa divina que al azar descienda sobre los hombres y los haga superiores á pesar de sí mismos. No; el genio es «una larga paciencia», abnegación sin límites, voluntad sin flaquezas, actividad sin desorden ni desfallecimientos, amor ardiente y fe inquebrantable en el bien; el genio es, en suma, el resultado de las cualidades del carácter, armonizadas, equilibradas y fortalecidas por la educación y en tendencia constante hacia un ideal noble y grande.

Conviene advertir que no sólo deben considerarse como nobles y grandes empresas, la regeneración de un pueblo ó las conquistas del saber que aceleran la marcha del progreso y benefician á toda la humanidad; menos brillantes, pero no menos nobles son los ideales que impulsan á un hombre á ser útil á su país, á la sociedad, á la familia, á sí mismo, por el cumplimiento del deber. Nadie está obligado á acometer empresas superiores á sus fuerzas; pero el que haga por ser bueno y útil todo lo que sus capacidades les permitan, puede estar seguro de que siempre hará mucho por sí y por los que le rodeen.

Principalmente si pone gran empeño en imitar la actividad tranquila, metódica é incansable de este aguerrido luchador que trabaja mil veces más que incontables jóvenes vigorosos, cuyos lamentos, ya por no hallar trabajo, ya por parecerles muy pesado ó poco productivo el que tienen, nos llegan diariamente á los oídos.

¿Por qué se quejan estos jóvenes; por qué son inferiores á su labor, y es penoso para ellos el cumplimiento del deber? Sencillamente porque la educación de su carácter es nula ó incompleta.

La primera enseñanza profunda y utilísima que á este respecto nos da el General Díaz, y que contrasta notablemente con uno de los defectos nacionales más arraigados y perniciosos, es que nunca ha dejado para mañana—ese funesto mañana que todo lo frustra entre nosotros—lo que ha podido hacer hoy. En él, á la concepción de la idea ha seguido siempre la ejecución. Toda su vida nos presenta ejemplos de este género. Pero hay en ellos un matiz que importa mucho poner en buena luz. Concebir una idea y ejecutarla al punto sin meditarla ni depurarla de errores, eso es ligereza, aturdimiento, locura, y conduce infaliblemente al fracaso y á la ruina, porque la actividad debe ser vivificada por la audacia, pero al mismo tiempo requiere ser templada por la prudencia y por la reflexión.

Estudemos al General Díaz en los momentos más solemnes y de-

cisivos de su vida. Por ejemplo, al escaparse del Convento de la Compañía. Indudablemente, no había allí tiempo que perder, los minutos eran precisos, urgía obrar rápidamente. Sin embargo, como el tiempo empleado en meditar lo que se hace y en adquirir la certidumbre de que no se va á cometer un error, nunca es tiempo perdido, el que iba á jugar la propia vida y el porvenir de la nación en esa fuga, antes de ascender por la cuerda con que lazó una canal de la prisión, «se cercioró de la resistencia de aquel punto de apoyo.» Son sus propias palabras.

He aquí claramente presentados los dos rasgos que debemos imitar en la actividad del General Díaz: no dejar nada para mañana; no hacer nada sin cerciorarnos de la resistencia de nuestro punto de apoyo.

Otra característica importantísima de la actividad creadora de este grande hombre, es la audacia con que debe equilibrarse necesariamente la prudencia. El que deja pasar las ocasiones por exceso de cautela, se queda invariablemente, irremediamente, rezagado en la vida. Bueno es madurar las ideas con largueza y reposo, cuando haya tiempo y lugar para ello; pero vacilar en los momentos angustiosos y no atreverse ni resolverse á nada por prudencia mal entendida, es condenarse á la obscuridad y á la miseria por caer en el extremo contrario. Si el General Díaz hubiese empleado mucho tiempo en meditar la admirable estratagema que le dió por resultado la espléndida y doble victoria de la Carbonera y de la toma de Oaxaca, probablemente se habría retardado mucho el triunfo definitivo de la República.

El General Díaz sitiaba á Oronoz, el vencido de Miahuatlán, en el convento de Santo Domingo de Oaxaca. Este convento era entonces una fortaleza inexpugnable, sobre todo, para las débiles fuerzas y deficientes armas del ejército sitiador. En tal situación, se anuncia la rápida marcha sobre Oaxaca, de una columna de austriacos aguerridos, bien armada y equipada, al mando del conde Kotze, hábil jefe austriaco. ¿Qué hacer? Esperarla era colocarse voluntariamente entre dos fuegos para ser aniquilado; ir ostensiblemente el encuentro de los austriacos, equivalía á libertar á los sitiados y echárselos á la espalda, con idéntico resultado. Aquí de la audacia genial que rinde á la fortuna.

Sin perder momento, el General Díaz manda envolver con trapos los cascos de los caballos, desmonta los cañones para que no hagan

ruido, deja encendidos los fuegos de su campamento, y á unos cuantos centinelas encargados de seguir dando el alerta reglamentario; y al amparo de las sombras, vuela al encuentro de los austriacos. Toma posiciones en la Carbonera, y en una batalla que los peritos en la ciencia militar consideran como *obra maestra de estrategia*, mas aún, como *la única batalla digna de ese nombre*, que además de la de Miahuatlán, se dió en toda esa época, derrota y aniquila al enemigo. Inmediatamente vuelve sobre sus pasos, reforzado con las armas quitadas á los austriacos; y cuando los sitiados de Santo Domingo apenas habían advertido la ausencia del sitiador, y comenzaban á salir de su encierro derrochando fanfarronería, cae sobre ellos y consuma la doble victoria, favorecido por el pánico de los desprevenidos imperialistas, que no abandonaron la fortaleza sino para dejarse batir mejor.

Esta serie de asombrosos atrevimientos contrasta notablemente con la prudencia que el mismo gran soldado empleó en el sitio de México. En este caso, el Ejército de Oriente, que acababa de reconquistar Puebla, era exiguo para poner cerco estrecho y riguroso á la capital, y más todavía para intentar el asalto con buenas probabilidades; los sitiados eran fuertes aún, y en un raptó de desesperación podrían haber roto el cerco y prolongado la lucha al dispersarse por el territorio.

Así, todo lo que fue audacia y celeridad de acción en Oaxaca, se convirtió en México en calma y reposo; pero en ambos casos coronó el triunfo la actividad decidida de un ataque y la actividad prudente del otro.

El último elemento de éxito en la actividad es la abnegación. Trabajar sólo para sí es egoísmo odioso y estéril por añadidura. Raro será el ejemplo de un verdadero egoísta que haya hecho algo grande. La solidaridad humana es tan estrecha, tan útil, tan indispensable, que no se puede procurar el bien para nosotros mismos, sin procurarlo para los allegados; y mientras más útiles seamos para los otros, más habremos trabajado en nuestra propia felicidad. Mas para esto se necesita ser abnegado y abominar del egoísmo.

Ahora bien: ¿qué ejemplo de abnegación más hermoso podremos hallar que el del General Díaz que ha consagrado su vida al bien de los mexicanos? Y todavía á los setenta años, cuando se le pide que siga en su puesto, contesta:

«Lo haré gustoso hasta mi último día.»

SEGUNDA PARTE

LA OBRA